

enfermo, mitad durmiendo, mitad velando.

Un día las lágrimas que le sorprendió una piadosa vecina, delataron la necesidad que pasaba la buena joven; y no pudiendo aquélla remediarla por sí, acudió á las Conferencias. Estas mandaron al momento una de sus socias; á la que encontramos, después de algunas visitas, aconsejando á la hija que condujera á su padre al santo Hospital.

La joven se resistió unos días más; y sólo cuando vió inminente el peligro de ir élla también al hospital, privada así de ver y abrazar á su padre, permitió que se lo llevaran. El consentimiento fué un rio de lágrimas, que las vecinas no podían enjugar con todo su cariño.

\*  
\* \*

Esta es la historia de cada día: la de todas las familias que se ven obligadas á ingresar sus seres queridos en los establecimientos benéficos.

Supongamos que sea verdad, muchas lo es, que en el santo Hospital los enfermos son servidos con esmero y cariño, visitados con interés y frecuencia por los médicos, velados con solicitud, y que estos servicios, cariños y cuidados se los presta al enfermo un verdadero ángel de la caridad.

Así y todo, el pobre casi siempre siente horror al Hospital, y se deja conducir á él cuando no hay otro remedio, que ir ó morir.

Las personas pudientes estrañan esta repugnancia y no pocas veces las socias de las Conferencias, con más

celo que conocimiento del corazón humano, la echan en cara y apostrofán al pobre que se resiste.

Se nos ocurre una pregunta á los ricos. En muchos palacios no hay sobra de cariño, ni de servicio esmerado para sus enfermos; en no pocas casas de grandes falta el ángel de la caridad, que revolotea en abundancia en el Hospital, y en algunas hay el ángel, pero el ángel malo. Pues, en estos casos, ¿porque el rico no pide una cama en el Hospital, pagando lo que sea justo, para encontrar allí lo que le falta en casa? Asegúrole yo que pudiendo pagar bien encontrará habitación y cama de preferencia, y aun los ángeles que le sirvan, serán de preferencia. ¿Porque, pues, repito, no van los ricos al Hospital?

Por la misma razón porque los pobres se resisten.

En el Hospital falta ante todo el *calor* del hogar. Es punto menos que inexplicable la atracción irresistible que ejerce sobre el corazón humano la palabra *á casa*: despues de la palabra *madre*, tal vez sea esta la mas profundamente grabada en nuestro sér.

Un hombre cae desvanecido al suelo, herido por un infortunio cualquiera, y al empezar á recobrar el uso de sus facultades y sentidos, cuando aun no se dá cuenta exacta de lo que le pasó, lo primero que le ocurre es que está ó no está en su casa. No pocas veces, si puede hablar lo primero que pide es que le lleven *á casa*. Ni el herido, ni el muerto de hambre, piden jamás el Hospital: ¡piden su *casa*, en donde tal vez todo falta!